



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Escalvos y Modas.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—Las Dos Estrellas (poesía) por don José María de Larrea.—Contra Soberbia Humildad (continuación), por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Un Consejo y un Recuerdo (poesía) por doña Faustina Saez.—Variedades: El Solteron, por don José Adame.—Modas.—Advertencia.

LOS JUEGOS DE LA NIÑEZ.

ALGUNAS PALABRAS SOBRE SU UTILIDAD.

I.

¡Cuántas veces se detiene uno en el parterre del Retiro, contemplando aquella multitud de inocentes criaturas, entregadas con placentera alegría á los bulliciosos é inquietos juegos que recrean el ánimo y ejercitan el cuerpo! ¡Cuántas veces se ha llenado de grato solaz el espíritu, al ver esa nueva generación, que hoy forma el encanto de sus padres, y mañana será el adorno de la sociedad y el sosten de la patria.

Si hubiera de entregarme aquí á las reflexiones que han asaltado á mi mente al contemplarles, llenaría muchas páginas, y no es tal el objeto que me propongo. Solo diré, que en aquel vergel, hoy mejorado, han corrido muchos días felices de mi infancia. Allí me entregaba también al bullicio y al placer, y daba batallas, efectuaba carreras, practicaba cuanto hoy miro con satisfacción ejecutan los niños de esa generación que viene empujándonos á la tumba.

Rodeados de tanta magnífica y lozana flor,

verdadera imagen de la niñez, que pasa breve, solo se las mira como un adorno, y así como no cuidábamos de que al día siguiente estarían marchitas, así tampoco pensábamos en la corta distancia que mediaba desde la niñez á la pubertad. Ni aun creíamos que llegaría á concluir la edad del juego.

Felices esos seres que entregados al recreo no tienen mas ayer ni mas mañana que el presente. Védles con qué delirante alegría se entregan á todos los juegos. Y ¿quién habrá que los mire como una cosa indiferente? ¿quién dejará de considerar los juegos como un objeto de instrucción?

II.

Desde la cuna son necesarios los juguetes para el niño. La cruz de oro que pende del cuello de la madre, los cabellos de la persona que está á su lado, una cinta, cualquier cosa, excita su curiosidad, la maneja, y le distrae. Anda luego, corre, salta, y ejecuta turbulento otros juegos, en armonía con su impetuosidad. Para esto los caballos de cartón que castiga fuertemente para quitarles esa inmovilidad que produce su desesperación; corre sobre un palo, sobre un bastón dándoles latigazos; maneja payasos, polichinelas, diablos,

cuanto puede haber á las manos para tranquilizar su impaciencia, su deseo, su afán, por ocupar su imaginación bulliciosa, inquieta siempre.

Ved á una niña con su muñeca, vestirla y desnudarla cien veces al día: incomodarse con ella ó alegrarse, reñirla ó hacerla caricias, abrazarla ó arrojarla al suelo, y cogerla y dejarla diez veces en un minuto.

Desean luego todos un horizonte mas grande, que les deslumbre: no pueden resistir la monotonía del interior de la casa, y como si comprendieran que el desarrollo de su físico necesita el aire puro del campo, le piden con avidez, quieren los paseos, los jardines, los prados, y en ellos la pelota, los aros, las cuerdas, el peon, en fin, todo lo que rueda, lo que salta, lo que exige movimiento, lo que está de acuerdo con su imaginación.

III.

En los primeros períodos de los juegos de la niñez, está cada uno marcado por una necesidad de mayor movimiento, de expansión, que conduce necesariamente á una modificación, á una complicación graduada en los juegos. Y todo esto en relación con las facultades intelectuales de tan tierna edad, y en buen concierto con sus fuerzas físicas, que los juegos contribuyen á desarrollarlas en tan alto grado.

Mr. Bescherelle, uno de los escritores franceses que se han ocupado del objeto de que tratamos, pregunta oportunamente:

—¿A qué edad los juegos animados, bulliciosos, ceden su puesto á los juegos mas graves, mas reflexivos?

«No existe, se contesta, límite bien trazado entre estas dos épocas, que varían con el temperamento, con el clima, los sexos, el grado de inteligencia, la esfera social, en la cual se vive; pero se puede asegurar que esta transformación moral se efectúa entre los trece y diez y seis años. Entonces desaparece la infancia para hacer lugar á la juventud: se

revela un instinto de sociabilidad, y el deseo de brillar, de ser notable, domina á todos los demas; los juegos de salón, de sociedad, ó inocentes, empiezan.»

Qué dirémos de estos juegos que sea nuevo para nuestras lectoras? dónde hay una que no haya sentido palpar su corazón por primera vez, en esos juegos de prendas que tantas denominaciones tienen, que tantos sonrosos dan? ¿Quién no se ha ruborizado en una de esas dulces penitencias impuestas por una distracción, frecuentemente premeditada? Cuántas dichas madres no deben toda su ventura á la turbación del alma que han experimentado jugando á la cadena del amor, al suspiro, á la berlina, al contentar!...

Entregaros sin pena ni remordimientos, con todo el ardor de la loca juventud, á esos juegos inocentes: duran poco, llega en breve la edad de los suspiros, y vuestra vida será perturbada luego con mil tribulaciones.

A. Pirala.

LITERATURA.

LAS DOS ESTRELLAS.

A. P.....

Aun mas en el oscuro firmamento
que el claro brillo de la blanca luna
me agrada contemplar de las estrellas
la tibia lumbre, pálida, insegura.

—
Lámparas de la noche suspendidas
del ancho espacio en la celeste altura
ante el trono de Dios brillan radiantes
y con su luz la creación alumbran.

—
Cuántas noches de insomnio en mi ventana
con afán os contemplo una por una,
¡loco de mí! y adivinar pretendo
cuál de vosotras mi destino alumbrará.

—
¿Será tal vez aquella que radiante
en el cénit con roja luz fulgura,
y viene á herir con centellante brillo
en mi pupila fatigada y turbia?

Oh! no será: la estrella brilladora
debe la estrella ser de la ventura,
y yo busco la estrella de los tristes,
si es que para los tristes hay alguna!

Mas á un extremo allá del horizonte
que ya no alcanza á iluminar la luna
diviso dos estrellas solitarias
perdidas casi entre la niebla oscura.

No sé que simpatia misteriosa
existe entre las dos, que si la una
brilla radiante, la otra resplandece,
y si una se oscurece otra se anubla.

Parece que los rayos de su lumbré
se envían á través de espesa bruma,
almas enamoradas que desean
sus dos miradas confundir en una.

Míralas, no las ves, luz de mis ojos?
Serán nuestras estrellas? Sí, no hay duda:
Dios las hizo en el cielo semejantes
cual lo son tu fortuna y mi fortuna.

Esa que en puros cándidos destellos
quiebra su blanca luz, mira, es la tuya;
melancólica allí la mia lanza
triste fulgor que la desgracia enturbia.

Mas ay! qué negra nube se levanta
en torno de mi estrella y la circunda?
Brilla un momento... Mas se apaga luego
y á mis ojos alóñitos se oculta.

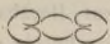
* Cuán opaca, cuán mística y solitaria
huérfana de mi amor queda la tuya,
triste su resplandor, como tus ojos,
cuando el llanto, alma mia, los enturbia!

Mas cada vez su lumbré palidece,
mas cada vez su tibia luz se anubla,
por fin se estingue y en la misma nube
que la mia murió, muere la tuya!

¿Fué una ilusión que en la confusa mente
hizo brotar mi amor y mi locura,
ó eran las dos nuestras estrellas tristes,
si es que para los tristes hay alguna?

JOSÉ MARIA DE LARREA.

Junio de 1854.



CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—¿Y adónde vamos? preguntó con ansia investigando con sus hermosos ojos la fisonomía del desconocido.

—Es decir que irémos... Al fin ya no me teneis miedo, señorita.

—Nunca os seguiré sin saber adónde.

—Imposible! es un secreto que no puedo revelaros.

—¿Es decir que no quereis que os acompañe? dijo Teresa, cada vez mas firme en sus sospechas, y con una voz tan insinuante que hizo vacilar á la pobre jóven.

—Sí, sí, vendreis..... no me lo preguntéis así señorita, porque debo callar y no puedo rehusaros nada.... por Dios! no perdamos tiempo.

Teresa hizo un movimiento negativo, y devolvió el traje militar al clérigo, que la miraba con un asombro creciente.

—Hablará, pensó Teresa segura de su triunfo. Y no se engañaba. Subyugado el jóven abate por ese inconcebible poder que ejerce la belleza, dudó, vaciló, y acercándose rápidamente á Teresa, murmuró á su oído algunas palabras que la hicieron saltar como una liebre herida.

Por mas que su imaginacion ardiente la hubiese hecho adivinar la verdad momentos antes, era aquello un suceso inesperado que halagaba todas las aspiraciones de su orgullo; una verdad que realizaba sus ensueños de mujer y de hermosa, y que la conmovia y entusiasmaba, haciéndola olvidar instantáneamente sus fundados temores.

Hubo, sin embargo, un momento en que Teresa sintió vacilar su resolucion..... el recuerdo de Inés la heló de espanto..... ¿cómo juzgaría aquella alma pura de su desesperacion, cuando ella misma no hallaba en su conciencia una disculpa noble y verdadera?

Teresa rompió á llorar como un niño, porque Inés era su ángel bueno, ¿y qué seria de ella sin su ángel?

Comprendiendo empero todo el riesgo que habia en cada palabra, hizo seña al cura para que la siguiese á su gabinete, y luego que estuvo segura de que no podría oirla nadie, se arrojó á sus piés

esclamando con voz entrecortada por los sollozos:

—Una gracia! una gracia! que no me negareis, porque me dariáis la muerte.

—Levantáos, señorita! respondió el clérigo ruborizándose..... ¿qué gracia puedo yo concederos?

—Teresa le refirió entonces su amistad con Inés, pidiéndole tan solo el permiso de abrazarla y de darle el último adios.

Lloró, suspiró, apeló á la sensibilidad del jóven sacerdote, pero esta vez fueron vanos todos sus ruegos. En aquellas circunstancias era una petición imposible.

—Aunque fuese vuestra madre no podíais vender mi secreto, sin vender con él mi cabeza y la de vuestro hermano.

—¡ Es verdad! pero ídos... nunca os seguiré... no puedo... no debo.

El clérigo, que conocia bastante el corazon de las mujeres, y sobre todo de las mujeres hermosas, desplegó entonces á los ojos de Teresa el magnífico porvenir que aguardaba á su hermano, fascinó su mente con la idea de la riqueza, con las deslumbradoras distinciones que la aguardaban en la sociedad, y logró al fin sofocar en ella la lucha encarnizada que sostenian en aquel momento en su corazon la soberbia y la virtud.

—Iré! murmuró al fin Teresa enjugando las lágrimas que brotaban á mares en sus hermosos ojos, iré!

«La hija de Eva habia mordido la manzana(1).»

—Vamos! repitió el jóven eclesiástico, no podemos perder un instante.

La casa del cura de Argandenes se cerró aquella tarde mucho mas temprano que de costumbre, porque el ama se habia retirado con un fuerte dolor de cabeza, y los criados debian madrugar para salir al campo.

Cuando todos se hallaban entregados al descanso, dos hombres salieron cautelosamente de entre los bosquecillos del jardín, y se encaminaron á la puerta que daba al campo, donde los aguardaban dos hermosos caballos, que sujetaba por la rienda un vigoroso montañés.

La luna, que salió entonces de entre un grupo de nubes, se reflejó por un momento en los trajes militares de aquellas sombras, que ayudadas del montañés subieron sobre los caballos, y desaparecieron con la velocidad del relámpago.

Al cruzar por los desfiladeros de las montañas, se oía de vez en cuando el clamoreo lejano de los clarines franceses, que tocaban á bota-sillas.

Era el 13 de Junio de 1810.

III.

EL PRIMER VUELO DEL AGUILA.

Voilà pourquoi quittant ma paisible retraite
J' ai voulu de Paris entendre la Tempête
Respirer de plus près l'air infect des palais
Et ni asseoir au foyer ou s'asseoit le génie.

Favre.

A la mañana siguiente veíanse agrupados en la plazoleta de la casa del cura de Argandenes casi todos sus pacíficos feligreses, que tan sencillos como ignorantes, en vano trataban de explicarse el misterio que tan confundidos y consternados los tenia.

La puerta de la casa del cura, cerrada cuando era ya cerca del medio día, hizo al pronto presumir que alguna desgracia debia haber ocurrido á sus habitantes. Animados por un sentimiento de amor hácia su párroco, algunos de aquellos honrados feligreses asaltaron las ventanas y entraron violentamente en la casa. Dificil será espresar el terror que se apoderó de ellos al encontrarla desierta y despojada de algunas alhajas de valor que ellos ya conocian, y á la verdad que nada tenia de particular su sorpresa. Cabezas mejor organizadas que las de aquellas gentes, se hubieran visto imposibilitadas de explicar tan incomprensible suceso, y como ellas se hubieran deshecho en caprichosas dudas desprovistas de todo asomo de verdad.

Quién sospechaba que algunos brigantes desbandados cayendo de improviso sobre la aldea, habrían saqueado la casa y asesinado á Teresa y á sus criados, volviéndose á marchar antes del día; quién que las travesuras y misteriosos viajes del cura tenían algo de diabólico, y que aquella desaparicion era solo obra de los espíritus malignos; y tal era la predisposicion de aquellas almas cándidas á creer en duendes y aparecidos, que todos concluyeron por adherirse á esta última opinion, acudiendo al coadjutor de la parroquia para que echase sobre la casa los exorcismos, pues habia viejas que aseguraban haber visto algunas noches la sombra del cura, antecesor de don Carlos, que lloraba sangre sobre su antigua morada.

En medio de aquella algaravía de lamentos, aberraciones y cuchicheos, lloraba Inés á mares, sin que su corazon puro, herido en el mas santo de

(1) Dumas.

sus afectos, pudiese encontrar consuelo, ni rumbo cierto adonde dirigir sus desconsoladoras investigaciones. Demasiado despejada para poder creer en las brujas y en las desapariciones diabólicas, hartosensata para sospechar de Teresa una fuga culpable, agena de su carácter altanero y orgulloso, hubo de creer por fuerza que aquella marcha tenía alguna relación con la ausencia del cura, porque además, ella pensaba, y pensaba muy bien: nada más común que huir con un amante, pero Teresa no tenía amantes, y quien quita la ocasión quita el peligro.

Quedábale sí, un sentimiento, cuya profunda herida era bien difícil de poder cicatrizar. Ella había consagrado su vida á la dulce amistad que las uniera desde muy temprano, ella no había tenido jamás un pensamiento oculto para Teresa, que leía en su alma todos los sentimientos que la agitaban; y sin embargo, esa amiga que hacia el encanto de su existencia, esa mujer que poseía el arte mágico de hacerla reír con su sonrisa, y llorar con sus lágrimas, acababa de abandonarla con la mayor ingratitud, sin dignarse siquiera señalarle el rumbo de su destino.

El dolor ciego, y en los primeros momentos, Inés acusó severamente á Teresa de ingrata, proponiéndose hacer todo lo posible por olvidarla. Luego la juzgaba ya con menos rigor, esforzándose en creer que solo un suceso imprevisto podía haberla arrebatado sin darle el último adiós, y antes de espirar el día la amaba ya con la misma ternura, proponiéndose emplear cuantos medios estuviesen á su alcance para descubrir el paradero de su inolvidable amiga.

El individuo muere, la especie se perpetúa. La humanidad camina sin cesar hácia el rumbo que Dios le ha señalado en los decretos del tiempo, sin que la haga turbar su impasible marcha el hombre que tropieza á cada instante en la fosa y desaparece de la haz de la tierra. Como el fénix de la antigua fábula, de las cenizas de los muertos nacen los sucesores. ¿Qué importa, pues, al mundo un simple cambio de nombres propios?—El coadjutor de Argandenes reemplazó al cura, y poco tiempo después ya se habían olvidado aquellos montañeses de su joven pastor, de Teresa y de la romanesca desaparición que tanto los había confundido.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

UN CONSEJO Y UN RECUERDO.

A mi sobrino HERNAN GONZALEZ Y MELGAR.

Alza la frente arcángel peregrino,
Que á este valle de lágrimas y duelo,
Fruto de un santo amor, Hernán divino,
Llegas nuncio de paz y de consuelo.

No una lágrima ya, que todo es tierno
En rededor de tu inocente cuna;
El maternal afecto y el paterno
Cifran en tu belleza su fortuna.

Y es muy grata, muy noble la gloriosa
Misión, de dirigir tu incierto paso,
De trazarte la senda venturosa
Que dirija tu vida hasta su Ocaso.

Y mostrar á tu espíritu inocente
De la ciencia el arcano misterioso,
Y hacer que lata el corazón ardiente
Ante el astro del génio luminoso.

Ó ya marcial ciñendo la armadura
De guerrero inmortal, fuerte y osado,
Que su patria defienda con bravura
Como español altivo y esforzado.

Ó surcando los mares procelosos
Entre la densa bruma de Occéano,
Conquistando otros pueblos más hermosos,
Que honor den á su nombre castellano.

Semejante á otro Hernán de gran memoria,
De ilustre cuna y de notables hechos,
Que una página ocupa en nuestra historia
Y que veneran los hidalgos pechos.

De un Cortés inmortal que un nuevo mundo
Conquistar supo, con gloriosa espada,
Y Castilla con éxtasis profundo
Nos trasmite su historia venerada.

De siglo en siglo su glorioso nombre,
De raza en raza transmitido viene,
Ay! porque adore en su entusiasmo el hombre
El sagrado recuerdo que en sí tiene.

A ese Hernán, á ese Hernán, hermoso niño,
Imita tú, pues que su nombre llevas,
Conságrale, alma mía, tu cariño,
¡Ay, sí, tu frente hasta su frente elevas!

Haz que tu nombre en alas de la fama,
De siglo en siglo bendecido vuele,
Y que del génio la luciente llama
Cien mundos á tu espíritu revele.

Entonces ay! tus padres, tus hermanos,
Verán á un mismo lauro entretreídos
Los nombres de dos bravos castellanos,
De Hernán Gonzalez y Cortés unidos.

FAUSTINA SAEZ.

Guadalajara, Diciembre de 1855.

VARIEDADES.

EL SOLTERON.

¿Qué cosa es un solteron?

Apenas acabo de escribir esta pregunta y ya me zumban en el oído mil contestaciones. Quisiera poder estar en este momento á vuestro lado, amables lectoras, para que me dijéis cara á cara todo cuanto se os ocurre. ¿Qué de lindezas oiría! ¿Qué definiciones tan propias daríais del tipo que os presento.

Pero no tengo la fortuna de oíros, y voy á contestarme yo mismo; voy á *ensimismarme*; mejor dicho todavía, me voy á *ensimismar*.

Acudo para ello á la gramática, que me sacará de dudas.

—*Solteron*, soltero grande.

—Vaya una salida. Esto no me satisface; voy á abrir una información, oyendo á personas entendidas, porque la gramática es lega en la materia.

Un marido.—Un solteron es un *enemigo de las mujeres*.

—Bien dicho hermano; y *de los maridos*, debisteis añadir; pero ¿qué mas?

—Nada.

—*Una señora viuda frunciendo el ceño*. Un solteron es un hombre *redomado*.

—¡Oiga... y qué ofendida se halla la buenaseñora! Tiene Vd. razón sobrada, pero.... bien ¿y qué mas?

—No sé mas.

—*Un naturalista, reconociendo á un soltero*. El solteron es un hombre defectuoso é incompleto, le falta una costilla....

—Ya se vé que sí.... pero ¿y nada mas?

—*Una señora mayor, persona competente*. Un solteron es un hombre cuco.

—Todo esto está bien dicho; pero si no dicen vds. mas, veo que hasta ahora nadie ha dado con la verdadera definición. Me acerco, pues, á todas las lectoras que sean solteras ó viudas, y digo con ellas: *Un solteron será todo lo que vds. dicen*, pero además es un hombre que no se casa.

Y nada mas. Esta oración tan sencilla contiene cuanto hay que decir.

Sin embargo, yo que soy tolerante, y amigo por lo mismo de conciliar las opiniones, siquiera sean opuestas, las reasumo todas y formo una definición monstruo.

Hé aquí la fórmula.

Un solteron es un soltero grande, esto es, de colmillo retorcido, enemigo de las mujeres (y de los maridos); redomado, cuco, y falto de una costilla, porque no se casa.

No digo mas, porque con esto basta y sobra para entregar á este desgraciado á la execración de las solteras.

Aquí concluiría yo mi artículo, porque todo lo que hay de verdad en el asunto está ya dicho; pero continúo hablando de la materia, porque es tan inagotable como la materia misma, tan abundante como los mismos solterones; rico filón tan largo como resultaría de empalmar á éstos unos con otros, tan productivo, cuanto son mayores los progresos de nuestra civilización y la mejora de nuestras costumbres.

Me fijo, pues, en el tipo y á la primera ojeada encuentro una variedad.

Solteros y solterones.

Divídelos una línea muy marcada y distinta; los separa una barra, que desaparece en la edad de la razón, los alejan sentimientos contrarios, emociones distintas, intenciones diferentes. En unos hay candor, en otros malicia; aquellos son dóciles, éstos recalcitrantes; los primeros se presentan indefensos á Cupido, los segundos armados de espolones. Unos en fin son *pollos*; otros son *gallos*. ¿A quiénes preferís, carísimas lectoras?

Rendir á los *pollos* es una ley de la humanidad, vencer á los *gallos* es un heroísmo, es la toma de Sebastopol.

Yo, en vuestro lugar, me casaría con unos y con otros; por supuesto mediando el debido fallecimiento.

Pero figuráos que os enamorara un *pollo*. Cuántas gracias arroja á vuestros pies para cautivaros el alma. Védele apretar entre sus dientes un cigarro, enorme tronco de encina que se bambolea por su gravedad específica, arrastrando tras de sí la ca-

beza del enamorado, que aprovecha la ocasion para acercarla á vuestro lindo rostro; védele señalar á su corazon con las puntas de los dedos de una mano, que tapa enteramente la inconmensurable manga de un *Lord-Raglan*, benéfica invencion para apagar fuegos y para encubrir manos; védele, en fin, incansable, siguiendo á todas partes vuestros pasos, tropezándole en misa, pisándole en el baile, hallándole á vuestro lado en el paseo, y encontrándole por último en vuestra mesa al descubrir la sopera.

Qué fatiga! qué esto sea necesario para enamorarse!

Dejáos ahora obsequiar de un solteron. Creo que, al verle venir, estais ya prevenidas, y que suspicaces y astutas clavais en él una mirada escudriñadora, de esas que fijándose en el rostro, quieren leer en el corazon. ¡Qué disparate! ¡cómo si en el corazon hubiera otra cosa que sangre.

Se acerca al fin, y os saluda cortesmente.

—Qué solapado! exclamareis, conteniendo la respiracion para que no se asuste.

Viene decentemente vestido. En su ropa no hay desaliño ni suciedad; no se encuentra la menor muestra de incuria ni abandono. El solteron es por lo comun un hombre curioso, es decir, limpio y aseado; todo lo que le rodea respira orden, método, buena organizacion. Sus cabellos están bien peinados; su sombrero no se inclina ni á la derecha ni á la izquierda (este es el signo de su neutralidad con todas las mujeres); su ropa está cuidada por un ayuda de cámara; sus botas, limpias (á menos que no haya llovido un mes antes), y en fin, sus maneras, su sonrisa, hasta su mirada, parecen otros tantos alardes insultantes de la inutilidad de vuestro auxilio y de vuestra compañía.

Si pudierais penetrar en su cuarto veriais desde muy temprano la ropa escedente, ó de reemplazo, colgada en la percha, las botas sobrantes debajo de la cama, las sombrereras sobre un armario, la mesa limpia, las navajas, las tijeras, la brocha, etc., encerrados en su *nécessaire*; las plumas de acero colocadas en escalera; el tinteró y salvadera cubiertos con su tapa, y si algunos papeles ocupan su mesa, cuidadosamente enlegajados y rotulados sobre ella.

Este es, generalmente hablando, el solteron, es decir, el solteron mas temible, el que lo es por convencimiento, por mi sistema, porque se ha llegado á figurar que no hay tranquilidad ni paz doméstica con mujer y con chiquillos. Qué os parece? habrá mayor absurdo?

Pero, pues él se acerca, oidle. Empieza por decirnos que os adora (¡valiente pícaro!), que su vida es desgraciada, monótona, insufrible; pero su génio no puede hacer feliz á ninguna mujer; su carácter es despegado, su sueldo es corto, y muchas sus atenciones (1), no tiene seguridad en su destino (2); si es comerciante no vende; si labrador nada coge; si abogado se queja de los jueces de paz y de las avenencias; si médico, de que se ha concluido el cólera; si arquitecto, de la indiferencia con que se toman las obras de la Puerta del Sol (3); si zapatero, truena contra la invencion de los chanclos, y asi sucesivamente, sea quién quiera, no le faltará motivo mas ó menos plausible para embozar lo que á todas luces vosotras y yo estamos convencidos de que son futilísimas razones.

Porque es verdad, amables lectoras mías, es la aversion al matrimonio lo que á la mayor parte de los solterones retrae. Es el egoismo, casi siempre, el que obliga á desconocer los puros goces de la familia, y los tiernos y deliciosos afectos de la vida conyugal; es un sentimiento de mal entendida independencia el que rechaza muchas veces esa union santa, donde tienen su origen tantas y tan tiernas caricias, tantas acciones sublimes, tantos rasgos de virtud, de abnegacion y de heroismo.

Pero advierto que salgo de mi caja. Cambio pues de rumbo, porque ni quiero formalizarme hoy, ni hablar aquí de la bondad del matrimonio. Otro día le llegará su turno.

Por ahora, y ya que habeis oido el lenguaje de los solterones, os aconsejo que empleéis vuestras gracias y vuestra inteligencia en seducirlos. La sociedad ganará en ello, y vosotras no lo perdereis.

Cuanto mas matrimonios, mas familias; cada familia toma parte en el acrecentamiento y produccion de la riqueza pública; luego los matrimonios aumentan la riqueza imponible.

Esta máxima de economía política es de una palpitante oportunidad.

Pero aun falta que á vuestros esfuerzos, carísimas lectoras, se unan los míos y los de los legisladores.

Tomo la iniciativa y presento el siguiente proyecto ley:

ARTICULO ÚNICO. *Los solteros no podrán ser*

(1) Si es militar ó empleado, es verdad.

(2) Id., id.

(3) Yo no soy arquitecto y digo lo mismo.

Diputados á Córtes, ni empleados en las diversas carreras del Estado.

LAS SOLTERAS. Vamos á quedarnos sin empleados y sin Córtes.

Yo. ¡Quiáááá!!!.....

CENSO de poblacion del año 1837.

Habitantes.	Solteros.	Casados.	Viudos.
16.000,000	»	16.00,0000	»

JOSÉ ADAME.

MODAS.

Los trajes de baile y de soaré son los que llaman por completo la atencion del mundo elegante. Por una parte la insistencia del temporal lluvioso no ha permitido pensar en trajes de calle y de paseo, por otra el Carnaval tocándonos con su varilla mágica nos recuerda que en los cortos dias de su imperio una mujer de buen tono no vive sino á la luz de las bujías y bajo la impresion de los armoniosos compases de la orquesta. Para gozar de estas deliciosas noches de locura, de embriaguez, de amor y de olvido, no hay hija de Eva que no llame en su auxilio todos los recursos de la coquetería.

Entre otros lindos trajes de baile que hemos visto preparados en el almacen de una de las mas acreditadas modistas, para lucirse en las reuniones de esta temporada, nos han parecido lindisimos, uno de tul de doble falda, la una blanca y la otra color de rosa; el adorno de cabeza se componia de rosas de ambos colores: otro de gasa de china color de Hortensia, con volantes bordados de trencilla negra; en el prendido se destacaban algunas rosas pequeñitas entre lazos de terciopelo negro: otro de grós color de perla, bordado de abalorio blanco. Como mas distinguido citaremos otro de tarlatana blanca con triple falda, recogidas á los lados por mazorcas de coral. Otro mas rico, nos llamó tambien la atencion, de tul blanco con doble falda, bordadas de oro y sedas matizadas. To dos estos vestidos son escotados, la mayor parte de berta, y con adornos correspondientes á los de la falda.

Los canesús de encajes blancos y negros gozan de mucho favor para estas reuniones.

El fichú que con los números 1 y 3 se vé en nuestro grabado de modas, es de encaje negro,

guarnecido de terciopelos: los volantes deben ser de guipure blanco: está presentado por delante y por detrás.

Las salidas de baile son por lo general de cachemir blanco, guarnecidas de felpa: las mas elegantes llevan bordados de abalorios blancos, y sobre fondo carmesí ó encarnado, hacen muy buen efecto los de azabaches.

La hechura que presenta nuestro grabado en su figura núm. 2, es de bastante novedad, así como su guarnecido de terciopelitos negros.

La salida de baile á la *Ristori*, que representa el figurin que repartimos hoy á las señoras suscriptoras á dos figurines, es de cachemir blanco, forrada de seda y entretelada: tiene toda la amplitud de un albornoz, y se compone de una parte alta, en forma de manteleta con puntas cuadradas, que va guarnecida de una ancha cinta azul, y termina en un fleco de torcidillo y borlas en los extremos. La parte segunda de este abrigo, forma como un manton de punta redonda: tiene los mismos adornos de cinta y fleco, y figura en los hombros un echarpe, que baja por detrás en forma de capucha, terminando en una borla. La segunda parte de esta especie de *toga*, va recogida en el brazo, y sus pliegues hacen una drapería del mejor efecto. Por delante es corta, y concluye con otra borla.

El vestido de esta figura es de grós de Tours color de junquillo, con anchas listas de terciopelo negro.

El peinado es bajo, y las trenzas del moño van enlazadas con otras de terciopelo, rodeadas éstas de sartas de cuentas doradas. Dos agujas de oro, sirven de complemento á este adorno, con algunas plumas blancas de marabú que caen sobre el cuello.

El disfraz para niña que acompaña, es de aldeana del Canton de Berna.

El de niño es de escocés (*higlander*), y por cierto pocos hay mas lindos para la edad de ocho á diez años.

AURORA PEREZ MIRON.

ADVERTENCIA.

Con este número se reparte á nuestras suscriptoras que han optado por música en vez del otro grabado que se remite á las demas, una linda pieza para piano, de las *Bodas de Juanita*. Nos parece quedarán satisfechas de nuestros esfuerzos por mejorar esta seccion, al par que las demas del periódico.

LABORES.



Al dar principio con este número á la seccion de *Labores*, cumple á nuestro propósito consignar, que el objeto que nos guía es el de contribuir con nuestros escasos conocimientos á sostener la afición tan felizmente generalizada entre las señoritas á ocuparse de algunas labores de utilidad y recreo, que aprendidas en la prosperidad, como un ramo de adorno, complemento de la buena educación, han servido muchas veces de auxilio y medio de subsistencia en el infortunio.

En ninguna época han gozado efectivamente de un favor tan especial como en la presente; todos los días la invención de los dibujantes presenta nuevos diseños, á cual mas lindos y graciosos, y á cual mas propios tambien para ejercitar la habilidad y el buen gusto. Destinados á servir de modelo á los adornos mas elegantes, apenas hay una señorita que por economía ó distracción no caiga en la tentación de querer hacerlos.

Siempre hemos considerado con un sentimiento de admiración y respeto á la señora cuyo traje y adornos son obra suya. Siempre nos ha cautivado aquella cuya habitación ostenta en sus muebles y cuadros los frutos de su talento y aplicación.

No aconsejaremos, sin embargo, á las señoritas que no lo necesiten, dedicar á estos objetos un trabajo asiduo: deben mas bien tomarlos como un rato de solaz en medio de otros estudios mas serios, y como un remedio contra el fastidio, ese mal tan enojoso en nuestro sexo, y por desgracia tan comun entre las clases acomodadas.

Ya en el año de 1832 iniciamos esta materia, que hemos ido descuidando, y casi abandonado, por parecernos que nuestros artículos,

aunque útiles y bien recibidos por la mayor parte de nuestras suscriptoras, podrian hacerse áridos y pesados á alguna de ellas, en un periódico de modas y de literatura recreativa.

Nunca pudimos, sin embargo, desistir por completo de una idea que habia sido la base y el fundamento de nuestra publicación, y al reanudar hoy nuestras tareas en una forma mas estensa, lo hacemos con fé, y con la esperanza de que nuestras suscriptoras sabrán apreciarlas en lo que se merecen, si no por el acierto con que se espresan, á lo menos por la recta voluntad que las dicta.

Cuando los dibujos no van acompañados de esplicaciones detalladas, solo son útiles á las señoras profesoras de educación, ó señoritas muy inteligentes: nosotros procuraremos que las de los nuestros sean claras y exactas, para facilitar que sus lectoras puedan por sí solas, aunque se hallen aisladas en una pequeña población, sin tener á quien consultar, ejecutar las labores á que se refieren. Para ello tendremos que hacernos pesados, y sacrificar hasta el estilo y la buena locución, pero nos harémos el cargo de que escribimos para señoritas que tienen deseo de aprender, para algunas acaso que viven del trabajo de sus manos, y éstas lo que necesitan son lecciones inteligibles, y no artículos elegantemente escritos.

Nuestro plan se reduce á ir presentando sucesivamente lecciones de toda clase de bordados y de las labores que están en uso, desde la *tapicería*, que por su brillante colorido puede considerarse como una pintura en estambres ó sedas, hasta la *frivolité*, que tan modesta, como sencilla, es de mucha utilidad por sus infinitas aplicaciones. El *crochet*, el *punto de aguja*, el *de malla*, nos ocuparán

constantemente, y con mas especialidad los *bordados en blanco*, como la labor mas usual y la mas necesaria.

Todas estas labores, al paso que se han generalizado se han ido perfeccionando y hecho mas dificiles. Aprendidas de viva voz de una maestra, ó de una amiga, se olvidan con facilidad y cuesta trabajo recordarlas. Conservando nuestras lectoras en su tocador el *Album de Señoritas*, tendrán siempre á la mano un consejero fiel á quien consultar, y regularmente con solo la presencia de sus dibujos volverán al conocimiento de su ejecucion, aun sin necesidad de repasar sus esplicaciones.

Entrando en materia darémos hoy principio á nuestras tareas, ocupándonos de los bordados.

DE LOS BORDADOS EN GENERAL.

Toda clase de bordado se hace ó á mano ó en bastidor, y necesita de una aguja ó de un gancho. Los calados, complemento indispensable de casi todos los bordados, son una parte importante de ellos, y forman por su especialidad un ramo separado del arte de bordar.

Del bordado á mano.

El bordado á la mano comprende el feston, el cordoncillo, el bordado al pasado, el de realce, el punto de armas, el de cadeneta, el bordado al trapo y el bordado de aplicacion.

Aunque no sea imposible bordar bien colocando la tela, cuando es trasparente, sobre un dibujo hecho en papel, se borda, sin duda alguna, con mas comodidad y soltura señalando el dibujo sobre la misma tela, y aun si ésta no es bastante clara, que permita ver el dibujo bien distintamente, es de todo punto indispensable practicar esta operacion.

El proceder mas conocido para trasportar el dibujo sobre la tela se llama *picado* ó *estarcido*: el método de usarlo es el siguiente:

Se estiende sobre una mesa un pedazo de paño ó una manta de franela doblada; colócanse encima dos hojas de papel, y sobre éstas el dibujo. Se

las sujeta juntas con alfileres en el paño, para que no hagan movimiento, y en seguida con una aguja larga, y medianamente gruesa, se van picando con regularidad todos los trozos del diseño, de manera que quede exactamente señalado sobre el papel que se ha puesto debajo. Se debe poner un cuidado particular en marcar bien las partes agudas y los mas pequeños contornos del dibujo: las picaduras deben estar lo mas aproximadas que sea posible unas á otras, á fin de que indiquen con precision sus líneas, vueltas ó inclinaciones. No es absolutamente necesario que sean dos las hojas de papel que se pongan debajo del dibujo, pero se hace mejor esta operacion en un papel doble. La hoja que debe servir con preferencia es la de encima, que es la mas inmediata al dibujo.

Picado el dibujo, seria bueno pasar por el revés de las picaduras una piedra pómez, si se tuviese á mano, para igualar los bordes que la aguja ha formado.

Hecho esto, se estiende sobre el paño la tela que se quiere bordar: colócase sobre ella el dibujo picado, pasando por encima de todas las picaduras una muñequita empapada en unos polvos á propósito, de que hablaremos despues: estos polvos penetrando por los agujeritos reproducen el dibujo sobre la tela. Para impedir que se borre se pasa por encima una plancha caliente, despues de haberlo cubierto con una hoja de papel. La resina que contienen los polvos se derrite con el calor, y fija de este modo el dibujo sobre la tela.

Estos polvos deben ser negros para usarlos sobre tela blanca, ó blancos si esta es negra ó de color oscuro.

Para obtener estos polvos se pone á derretir en un puchero nuevo un poco de almáciga, con una trigésima parte de aceite, ó mejor, de cera virgen, añadiéndole lo suficiente de polvos de marfil ó humo de pez, para que tome buen negro, y meneándolo con una espátula hasta que se deslija completamente: en este estado se va echando esta composicion en unos naipes, cuyas orillas se doblan para que formen como una cajita, y cuando esté bien fria se la reduce á polvo, moliéndola bien y pasándola por un tamiz. Si se quiere que estos polvos sean blancos, en lugar de poner humo de pez se pone albayalde, todo lo mas que se pueda.

Para hacer la muñequita se toma un pedazo de castor ó de paño, que tenga de doce á quince centímetros de largo, por seis de ancho: se rodea

esta tira sobre sí misma, sujetándola después con un cordoncito de seda ó un hilo fuerte, por todo su largo, dejando sin atar á cada uno de los cabos un poco menos de un dedo.

Escusado es decir, que adonde no haya proporcion ó tiempo para hacer estos polvos, puede suplirse por el medio mas conocido y usual de un cisquero ó muñequita de lienzo fino, que contenga carbon molido ó albayalde bien pulverizado.

El *picado* ó *estarcido* será siempre el proceder preferido de los dibujantes, y verdaderamente cuando hay que reproducir muchas veces el mismo dibujo, como por ejemplo, para la guarnición de una falda, es sin duda alguna el mas breve y espedito. Sin embargo no será fuera del caso hacer referencia de un papel llamado de *decalcar* nuevamente inventado, que reemplaza con ventaja en algunas ocasiones al *picado*. Este papel, del mismo modo que los polvos de que hemos hablado antes, se hace de diferentes colores: azul, para dibujar sobre blanco; encarnado ó amarillo, para telas oscuras. Para usarle se estiende la tela encima de uno ó dos pliegos de papel blanco, como si se fuese á escribir: sobre la tela se coloca el papel de *decalcar*, y sobre éste se pone el dibujo, sujetándolo todo con alfileres. Hechos estos preparativos se van delineando con un punzon de marfil, ó un lapiz de bastante dureza, todos los trazos del dibujo, repasándolo dos ó tres veces con la fuerza necesaria para que queden bien marcados sobre la tela.

Si el papel de *decalcar* es bueno, debe señalar por ambos lados, y en este caso, para dibujar un pañuelo, por ejemplo, se puede después de haber colocado este papel sobre una esquina del pañuelo, doblar otra encima, poniendo sobre ésta el dibujo, y de esta manera se dibujan las dos esquinas á la vez. Del mismo modo puede procederse para otros objetos semejantes, como tiras, guarniciones, etc., cuyo dibujo no tenga izquierda ni derecha: lo propio puede hacerse con cuellos ó otros objetos, cuyo medio sea tal, que doblado resulten sus dos lados enteramente iguales. Si no lo fuesen, se hace primero el centro solo, doblando después la tela para hacer los lados iguales.

Se entiende, sin necesidad de advertirlo, que hay que poner mucho cuidado para que no aparez-

can irregularidades al doblar ó trasportar el dibujo de la manera que acabamos de explicar.

Cuando se borda sobre el dibujo es menester forrarlo de otro papel que no sea demasiado fuerte. Si el dibujo se ha trasportado á la tela, se forrará también el papel amarillo, ó el hule ó encebado que se pone debajo de ella, sujetando ambas cosas con algunos hilvanos. Debe comenzarse hilvanando todo al rededor del dibujo esteriormente, y esto bastará si no es demasiado ancho: si lo fuese, será preciso dar por su centro algunos puntos, teniendo cuidado de que no caigan encima del dibujo.

La tela ha de quedar bien tirante por igual, de manera que sus hilos resulten enteramente rectos, tanto á lo largo como á lo ancho, procurando también que no quede mas corta que el papel que se pone debajo.

Esplicacion del pliego de dibujos. ⁽¹⁾

Núm. 1. *Cuello recto cerrado*: bordado á feston é imitación de guipure. Este bordado es el que se conoce con el nombre de punto de Venecia. Como en los números inmediatos nos iremos ocupando sucesivamente de todos ellos, aplazamos para entonces su explicación.

Núm. 2. *Guarnición* para enagua, bordada á la inglesa y feston.

Núm. 3. *Guarnición*: bordada á realce: los ojitos pueden hacerse á la inglesa.

Núm. 4 y 5. *Tiras*: bordado al pasado.

Núm. 6. *Escudo*: bordado al pasado y punto de armas.

Núm. 7 y 8. *Esquinas* de pañuelo, bordadas á realce.

Núm. 9, 10 y 11. *Letras*: al pasado.

Esplicacion del grabado de Labores. ⁽²⁾

TIRA de punto de media para colchas.

Se necesitan tres agujas.

Primera vuelta.

Se ponen en la aguja 68 puntos.

(1) Es el que se repartió á los suscritores con el número del día 8.

(2) Es el que se repartió el día 16.

Segunda vuelta.

Veinte y nueve puntos al derecho. — Dos al revés. — Seis al derecho. — Dos al revés. — Veinte y nueve al derecho.

Tercera vuelta.

Se echa el algodón sobre la aguja para hacer un crecido. — Veinte y nueve puntos al revés. — Dos al derecho. — Seis al revés. — Dos al derecho. — Veinte y nueve al revés.

Cuarta vuelta.

Se echa el algodón sobre la aguja para hacer un crecido. — Veinte y siete puntos al derecho. — Dos puntos juntos al derecho. — Dos separados al revés. — Seis al derecho. — Dos al revés. — Dos puntos juntos al derecho. — Veinte y ocho puntos al derecho.

Quinta vuelta.

Lo mismo que la tercera.

Sesta vuelta.

Como la cuarta.

Sétima vuelta.

El algodón se echa sobre la aguja para hacer un crecido. — Treinta y un puntos al derecho. — Seis al revés. — Treinta y uno al derecho.

Octava vuelta.

Se echa el algodón sobre la aguja para hacer un crecido. — Veinte y siete puntos del revés. — Dos puntos juntos al derecho. — Dos puntos del revés. — Seis al derecho. — Dos del revés. — Dos puntos juntos. — Veinte y ocho al revés.

Novena vuelta.

Lo mismo que la sétima.

Décima vuelta.

Como la octava.

Undécima vuelta.

Como la sétima y novena.

Duodécima vuelta.

Se echa el algodón sobre la aguja para hacer un crecido. — Veinte y siete al derecho. — Dos

puntos juntos del derecho. — Dos del revés.

Tómese entonces una tercera aguja, y pónganse en ella sin hacerlos los tres primeros puntos lisos que hay en medio de la tira : déjense debajo ; por encima de ellos se trabajan al derecho, el cuarto, quinto y sexto punto lisos que siguen ; en seguida se hacen el primero, segundo y tercer punto, que se habían dejado debajo , con lo cual los seis puntos deben figurar un cordón , continuándose la aguja por dos puntos al revés , dos juntos al derecho , y veinte y ocho al derecho.

Se vuelve á empezar por la tercera vuelta *siempre*.

Este punto que parece difícil por la explicación , es por el contrario muy sencillo y del mejor efecto. Nuestras suscriptoras pueden tener una idea por el dibujo. Las aconsejamos, sin embargo, que la ensayen por sí mismas.

Concluidas las tiras se cosen unas á otras, como lo indica el modelo.

Por falta de espacio no ha podido incluirse en él mas que una lista, y parte de otra, en lugar de dos ; hacemos esta advertencia para la mejor inteligencia de esta explicación.

BOLSA á crochet.

Esta linda bolsa debe hacerse de torcidillo azul ó verde ; el tronco y hojas de la guirnalda en hilo de oro : las borlas de mezcla del torcidillo é hilo de oro.

ECONOMIA DOMESTICA.

Vinagre de rosa. — Se ponen en una botella hojas de rosa, y se echa luego vinagre de yema clarificado, se tapa herméticamente, y se deja al sol durante veinte dias : pasado este tiempo, se cuela por un lienzo y se renuevan las hojas de rosa, operación que vuelve á repetirse al cabo de otros veinte dias, y luego se pasa con cuidado á rodomitas ó pomos pequeños, herméticamente tapados, y resulta un excelente vinagre para el tocador, muy refrescante y de un delicioso perfume.

